



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año.
Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º — NÚMERO 19.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

23 de Mayo de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redacción y administración, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

Maria, canto de ángeles, por don Francisco Jimenez Campaña. — La Hermana de la Caridad, poesía, por don Domingo Arjona Casado. — Calvario y redencion, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez. — En el álbum de doña Rosario Berraudez de Castro, poesía por don Francisco Jimenez Campaña. — La Virgen de las ruinas, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.

MARIA.

CANTO DE LOS ÁNGELES.

I.

Cantad, espíritus invisibles del amor, que habitais en palacios fantásticos de nácar y rubí, iluminados por la luz perpétua que irradia el trono del Eterno. Cantad un himno melodioso de amor, vosotros que estais formados del puro aliento del Dios de la caridad. Cantad que ya están los huertos de Nazaret cargados de flores y pronto aparecerá en sus calles de plátanos y cinamomos la Virgen de Sion, blanca como paloma del Sanir y hermosa y pura como las azucenas de Jericó. No veis como las palmeras se inclinan

á su presencia y las aves, el céfiro y las aguas murmuran un canto de inefable amor? Mezclad con su murmullo las notas argentinas de vuestras arpas de marfil y llenad los espacios de suavidad con la música de vuestras voces.

¿Pero qué son esos, vagos y misteriosos, que rompen dulcemente los aires y vienen á deleitar nuestros oídos? Ora se asemejan á una lluvia de perlas, que cae sobre un lago de cristal; ora á los últimos y armoniosos lamentos de un cisne moribundo; ora al suspiro tembloroso de la espuma, que hierve y desaparece de la superficie de las aguas, como los blancos y rizados cabellos de las ondinas al ocultarse en el seno azul de los mares. ¿Qué canto es ese que suspende los sentidos y eleva el alma á regiones desconocidas? ¡Ah! es el himno de amor que los ángeles levantarán á la Señora de los cielos. Yo os dire sus palabras; escuchad.

II.

María es el mas bello de los pensamientos de Jehová.

De los labios del Eterno salió en un suspiro hermosa y sin mancha.

Los espíritus del Eden la contemplaron entre auroras de blonda luz y la llamaron su Reina.

María es bella como la sonrisa de Dios.

Su frente es una rosa blanca de Alejandria; sus ojos serenos, como las aguas tranquilas del lago Tiberiades, son fúlgidos diamantes de la corona del Eterno; su boca es un nido de amor hecho de Ofir y de púrpura de Tiro; su aliento mas oloroso que el ámbar, sus palabras mas suaves que el rumor de las fuentes; sus pasos bellos y apuestos como el andar de las gacelas del Líbano: su aspecto risueño y gentil como las blancas tiendas de Israel, acampadas cabe las fuentes de Elim.

La primavera la ama; y el ángel del paraíso, que baja á la tierra á dar forma á las flores, toma de María las bellezas infinitas y las copia en el tulipan de Turquía, en las rosas de Bengala, en las camelias de Osir, en los claveles del Bétis y en los lirios del Carmelo.

La aman los bosques, las selvas, las florestas y los verjeles; y allá en el fondo oscuro de sus enramadas, le entretejen una guirnalda de silvestres flores, que María pone sobre sus sienes, cuando pasa por aquellos encantados lugares, para vestirlos de galanura, de poesía y majestad.

La ama el sol que apaga su ardiente fuego en las aguas de los mares, cuando María quiere en él visitar el alcázar de nácar y topacios, que los querubines le han fabricado debajo de las ondas.

Le aman los cielos que la circundan de luz y armonía.

La aman los astros que ruedan debajo de su pié.

La ama Dios que la mira complacido como la obra mas perfecta de sus manos.

Y la amamos tambien nosotros los espíritus invisibles del amor, que para cantar sus divinas glorias hemos sido formados del puro aliento de Adonai.

III.

Y callaron los ángeles y sus arpas resonaron con las melodiosas notas melancólicas de los recuerdos y tornaron á cantar.

IV.

La luna de Yar (1) riela pacífica en los arroyuelos de Nazaret, el cespéd gime bajo el leve pié de una Virgen, y se siente el blando roce

(1) Luna entre los hebreos, correspondiente á nuestro mes de Mayo.

de su túnica de nieve con las flores que le besan al cruzar.

Aromas que adormecen los sentidos, blanco fulgor del cielo que despierta el corazón; armonías que solo el alma siente, la presiden como mensageras ó precursoras de una divinidad.

Es ella la perla de la Siria, la blanca nazarena del templo de Sion, la hermosa sulamita de las campiñas de Engades.

Ella entiende el lenguaje del ruiseñor que canta endechas de amor en la espesura; ella sabe lo que el galán arroyo le dice á la flor, que enamorada de sus ondas de plata y de su dulce murmullo, vive solo de los besos que él le envía; ella sabe lo que dicen á Dios esos sonidos infinitos, vagos y ténues, que forman la armonía del silencio de una noche de verano.

Y viene sola á sorprender á la naturaleza dormida, que sueña con su Hacedor; ella oye la voz que la tierra levanta de su reposo, y la frase de amor, que envía á los cielos; ella siente el llanto de casto placer, que derrama la naturaleza dormida, en la gota de agua sonora, que se desliza de la peña.

Oh! dice la hermosa Virgen con voz mas suave que una melodía del cielo, oh! como la tierra delira, soñando con su Criador! Yo diré á mi Jesús cuando despierte cuanto los céfiros, las aves y las aguas le aman; y le llevaré flores dormidas por si el divino infante se desvela, que escuche los sueños de una flor. Él duerme y yo vengo á escuchar los deliquios de amor de la tierra, como la madre que soy del hermoso Amor.

V.

Y calló la Virgen: y las rosas volaron á sus manos y la dijeron: «llévanos á refrescar la frente de tu Jesús.»

Y cesó en el cielo el canto de los ángeles, y Dios envió á sus espíritus una mirada de eterno amor.

Francisco Jimenez Campaña.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

I.

La veis?... es ella.... el fausto, la elegancia
La miman por doquier, doquier camina
La tributan las flores su fragancia,
Y los hombres la llaman la divina.

Adulada del mundo y sus placeres
Dan envidia sus máximas discretas,

Codician su talento las mujeres,
Y cantan su belleza los poetas.

Cuanto pudo soñar el arte humano,
Cuanto inventa la moda y el capricho
Yace á sus piés: mas todo será en vano;
Escuchadla esta vez: «Venid, ha dicho,

Venid las que teneis sed de riquezas,
Las que haceis una vida de desvelos,
Me basta á mí la gloria y las bellezas,
Que el Señor nos prepara allá en el cielo:

Mis túnicas vestidse, mis tocados
Vuestros mismos tocados son desde hoy,
Mis alhajas, mis dijes mas preciados
Vuestros son desde ahora, yo os los doy.»

Renuncia al bienestar, y en sus miradas
La luz de la virtud marca su tilde;
Sepultando sus formas delicadas
Tras un tosco sayal, pobre y humilde.

La blanca toca ciñe á su cabeza,
Un rosario se prende á la cintura,
Y radiante de luz y de pureza
En busca de sus padres se apresura.

II.

Ya abandona sus lares, y su tierno
Cuanto bello ideal se hace mas fijo,
Pues ya ha bajado, en gloria del Eterno
La bendicion del padre sobre el hijo.

Ya le ha dado su adios, tal vez postrero,
Á lo que ella en el suelo mas amaba;
Por eso trina un canto lastimero
El triste ruiñeñor que ella cuidaba.....

Sus flores, entre todas celebradas
Guajadas con las gotas del rocío,
Marchitas las verés, casi abrasadas
Por las auras calientes del estío;

Entre tanto, con pasos presurados
De su erario á ofrecer va la materia,
Por salvar á unos pobres ignorados
Del seno del dolor, de la miseria.

De la gloria siguiendo el derrotero
Es su afan el pedir pan, luz y abrigo,
Trabajo para el pobre jornalero,
Y el sustento vital para el mendigo.

Ganar del triste el alma para el cielo,
Derramar por doquier la paz querida,

Las lágrimas secar con su consuelo
Y sembrar la virtud: esta es su vida.

III.

Bajo aquel cobertizo de retama
Donde mora el dolor, hijo del mundo,
Envuelto entre la estera de su cama,
Yace un anciano enfermo, moribundo....

Entreabiertos sus labios, requemados
Á impulso de una ardiente calentura,
Parece que se encuentra preparado
Al último estertor de la amargura....

¡Y no obstante.... se encuentra abandonado...
Se encuentra abandonado de su estrella...!
Pero no; que una virgen á su lado
Le mira con amor, ¿la veis? es ella....

Es una virgen candorosa y pura,
Que va sedienta de la gloria en pos,
Es una estrella que el cénit fulgura,
Es un efluvio del amor de Dios.

Domingo Arjona Casado.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Maria á Élia.

Mucho he gozado y sufrido á la vez al leer tu
carta, mi dulce Élia, y te doy la enhorabuena
por el restablecimiento de ese jóven á quien no
conozco, y por cuya salud, sin embargo, he pe-
dido como tú al cielo.

Pero en tus súplicas hay algo mas que la com-
pasion que inspira un desgraciado.

En tu inocencia dejas que los sentimientos de
tu corazon se transparenten como á través de un
limpio cristal, y yo, desde aquí, he podido leer
en él.

Ay! una experiencia harto dolorosa me ha en-
señado á descubrir la huella de una pasion, en-
tre los pliegues mas recónditos del alma!

Nosotras, pobre hermana mia, hemos vivido
hasta aquí en una atmósfera de paz, de candor,
sin conocer del mundo mas que las santas dul-
zuras del hogar, ó las penas de nuestra familia:
hoy es distinto!

Por desgracia yo, como el pobre pajarillo que
abandona el caliente nido y el protector abrigo
de las blancas alas de su madre, me he aparta-
do de nuestra morada, y sola y sin mas guia que
mi razon, he puesto el pié en una senda nueva,

ne mirado en torno séres extraños, y he visto esa sociedad desconocida para mí.

En pocos días, Elia, he aprendido mucho! Sé, por desgracia, que es muy fácil confundir la compasion con el amor; sé, por desgracia, que es muy fácil dejar que una pasion, cuyos primeros sintomas ignoramos, se enseñoree en nuestra alma, y que al abrir los ojos veamos á nuestros piés un abismo que nos amenaza y que al par nos atrae!

¡Ay Elia mia! esto es espantoso para quien como tu y como yo perderia cien veces la vida antes de faltar un punto á su deber; antes que la sombra de una mancha empañase la blanca pureza de nuestro espíritu!

Ya sé que puedes vivir tranquila porque Gustavo es libre, y si le amas, podrá ese amor ser desgraciado pero nunca será culpable!

Oh! el cielo te libre de ese martirio, martirio en que puede conseguirse una palma brillante pero en el cual hay muchos tormentos!

Martirio con el cual podemos adquirir la gloria de salir venciendo en la lucha, pero ¡ay! es forzoso que Dios nos escude y nos dé fuerzas para sufrir.

Tú eres muy inocente aun para comprender mis palabras, Elia!

Tu alma de niña es demasiado pura para adivinar lo que encierran!

El cielo haga que no lo sepas nunca!

El cielo haga que ese amor primero que brota en tu pecho sin que aun le sepas dar un nombre, te haga muy dichosa y que jamás una sola lágrima aje esa flor pura que hoy perfuma tu existencia!

Sin embargo, aun es tiempo: aun hermana mia el claro manantial no se convertido en torrente! aun puedes apagar esa llama, que mañana se convertiría en ardiente volcan.

Observa á ese jóven, piensa si es digno de tí: procura leer en su alma, si su alma es noble: procura penetrar con tu mirada en su corazon, y saber si ese corazon es honrado.

Por eso he querido descorrer el velo que cubre tus ojos, por eso he querido decirte «Elia, tú empieza á amar;» por eso en fin no quiero que confundas la sencilla amistad con la pasion gigante y sola.

Escríbeme, pues; hazme ia confidente de tus mas ocultos pensamientos; bien sabes ¡ay! bien sabes que nadie, á escepcion de nuestra madre, querrá mas que yo tu felicidad.

Con algunos años mas que tú, mi experiencia me dá derecho á esta exigencia; porque esta es la ley natural: la flor mas débil, mas tierna y pura debe ponerse bajo el amparo de la rama mas

fuerte, del mas antiguo tronco para que la sostenga y la dé apoyo!

Á Dios, pues, Elia mia, medita bien cuanto te he dicho y di cuanto sientas y cuanto pienses á tu amante hermana,—MARIA.

Elia á Maria.

Tenias razon, hermana mia, tenias razon en cuanto me dices en tu carta.

Algo mas que la amistad algo mas que la compasion era lo que sentia mi alma por Gustavo. Si; yo le amaba! yo le amo aun! esta es la palabra, esta la frase que expresa bien mis sentimientos.

Y él... ay! empezaba á amarme, empezaba á sentir por mí algo mas grande, mas puro de lo que hasta ahora ha experimentado su corazon por otra mugeres. Estas son sus mismas palabras, esto es lo que le oí decir la otra noche á su fiel Rafael, y sin embargo, ¿lo creerás? huye, se aleja, temiendo ceder al impulso de este naciente y tierno cariño!

Oh! tú no podrás comprender el por qué! yo tampoco hubiera podido, si sus mismos labios no lo hubieran dicho ante mí, aunque ignoraba que podia oírle!

Gustavo, Maria, Gustavo duda de mí, duda de mi sinceridad, duda de la pureza de mis sentimientos!

—«Esa niña es pobre, decia á Rafael cuando éste le instaba á que se quedase y le hablaba de mí: es pobre, de oscuro nacimiento acaso, y al verme rico y de ilustre origen ha querido quizá fijar mi atencion; quién me prueba que es cálculo y no inocencia el afecto que manifiesta? quién me prueba que es abnegacion y no es egoismo lo que ha guiado su conducta?»

Oh! Maria! yo escuché estas horribles frases y no podia responder, no podia reivindicarme, no podia exclamar: «En el corazon de los hijos del marqués de Alba Luz, no cabe el egoismo, no cabe la falsía ni el interés porque saben despreciar las riquezas, y no les seducé el fausto!

¡Ay de mí! y Gustavo ha partido!

En vano su leal servidor,—Quédese V., le decia; aquí recobrará la calma del espíritu, aquí olvidará el pasado, aquí podrá ser feliz!—Él no ha cedido, él le ha respondido siempre:—La mujer no ama nunca; la mujer no ama nunca, la mujer calcula y no quiero de nuevo ser víctima de mi credulidad!

Comprendes esto? comprendes tú que se pueda juzgar así? Oh! qué desengaños ha sufrido ese hombre, qué decepciones ha experimentado para pensar así de la mujer?

Y su idea es fija, su creencia indestructible, y profunda, tan profunda que le ha obligado á partir, que le ha impulsado á abandonar estos sitios, á pesar de su estado delicado y débil aun.

Cuando mostró á nuestra madre su decision de ausentarse, yo estaba allí, yo estaba junto á él y sentí que mis mejillas palidecian y que á mis ojos se agolpaban las lágrimas; pero incliné mi cabeza sobre la labor que tenia en la mano, y creo que pude lograr que no las notase.

Sin embargo, sus palabras me hacian daño: los pretestos que buscaba para motivar su partida me parecian otras tantas mentiras que manchaban sus labios.

Luego, cuando llegó la hora de marchar estrechó mi mano... buscó mis ojos; y pareció vacilar.

Por un instante tuve esperanza, por un instante creí que iba á quedarse! pero de pronto salió de la estancia y nos dijo: «adios».

Ay! María, cuanto sufrí: parecia que tras él se me escapaba el corazon!

Por ocultar mi trastorno salí del comedor y me dirigí á mi dormitorio.

Qué iba á buscar allí? no lo sé! acaso el amparo de la Virgen María, cuya imágen vela junto á mi lecho!

En el corredor hallé á Rafael.

El buen anciano me ama mucho, ya te lo he dicho.

—Á dónde va V.? me preguntó con cariño; se ha despedido ya de mi señor?

Quise contestar y no pude, porque el llanto me ahogaba.

Solo hice un signo afirmativo con la cabeza y quise seguir.

Pero él se interpuso de nuevo y murmuró á mi oido:

—Vamos, no hay que apurarse; ya volveremos! confie V. en mí: yo lo sé todo, yo adivino que V...

Sentí que la vergüenza encendia mi rostro, y él añadió sonriendo:

—No hay nada en esto de que V. deba avergonzarse! V. es un corazon de oro, y yo que amo como un padre á mi señor, me he propuesto hacerle feliz, y lo conseguiré, sí, lo conseguiré; por lo tanto, tenga V. confianza en mi cariño, porque yo, aunque soy un pobre viejo, amo á V. como se ama á los ángeles, y creo que entre los dos haremos dichoso á ese desgraciado jóven, cuyo único defecto ha sido ser bueno en demasía. Con que repito que no hay que afligirse: nuestra ausencia será quizá mas corta que parece, y aun... aun nos alejaremos acaso menos de lo que V. cree: ánimo, pues, y hasta otra vista; sere-

mos amigos siempre, es verdad?

Por toda respuesta le tendí mi mano, que él estrechó con alegría.

Cuando quedé soia medité las palabras de aquel anciano, y lloré menos que antes.

Oh! María, mi dulce hermana, cuánta falta me hace tu cariño! cuánta falta me hace tu experiencia! tú sabrias decirme si Gustavo es digno de mi amor.... porque... le amo! tú sabrias indicarme el camino que debo seguir, y hasta me dirias qué debo pedirle á Dios.

Ya ves que te obedezco, ya ves que te cuento mis pensamientos; ya ves que, como siempre, eres la única amiga y la segunda madre de tu—ÉLIA.

(Continuará.)

Enriqueta Lezano de Vilchez.

EN EL ÁLBUMS

DE DOÑA ROSARIO BERMUDEZ DE CASTRO.

Clara centella que el Eterno envia
Al mundo triste en su mirar divino,
Aliento de los ángeles sagrados,
Perfume celestial del paraíso.
Armonía suave de los cielos,
Lago sin ondas, plácido rocío,
Es la fecunda caridad que tiene
En tí morada de radiante brillo.
Bendita mano que la herida cierra
Y dá á los pobres anhelado abrigo.
Bendito el labio que la pena ahuyenta
Y en risa torna el funeral suspiro.
Tú entre las olas de la mar soberbia
De la vida cruel te abres camino,
Sembrado de olorosas, blandas flores,
Bellas como las rosas de tu libro.
Tú tiendes á los cielos luenga escala,
Y cuando duermes con soñar tranquilo,
Ó tu alma sube á la region sublime
Ó descienden los ángeles contigo.

Francisco Jimenez Campaña.

LA VIRGEN DE LAS RUINAS

(Continuacion).

—Y bien?

—¿Quereis ser mi hermana, una hermana del corazon, para acabar de mostrarme la puerta del cielo!

—Eso no es posible.

—¿Cómo?

—He renunciado al mundo, á la sociedad, he

ofrecido vivir y morir en la soledad y quiero cumplir mi promesa.

—¿Y no veis...?

—Nada! si por un instante he cedido á vuestro deseos, viniendo hasta aquí y refiriéndoos mi historia, ha sido obligada por el temor de que llegasen vuestros amigos, ha sido para rogaros que á nadie descubrais mi permanencia en estos sitios, ha sido en fin porque ya no pude evitar el ser vista por vos. Pero ahora...

—¿Ahora?

—Quiero suplicaros que olvideis como un sueño nuestra entrevista de esta noche, y que jamás trateis de volver á verme.

—¡Teotisbe!

—Os lo ruego en nombre de mi madre, de la vuestra ¡os lo ruego en nombre de Dios!

—Y ¿no podrá nada en el mundo vencer vuestra resolución?

—No, no: si os empeñáseis en volver, si os empeñáseis en verme de nuevo, me iria de estos lugares para siempre; me obligaríais á abandonar estas ruinas donde pensaba morir.

Valerio guardó silencio por algunos instantes.

La idea de no ver mas á aquella mujer le oprimia el corazón, pero no podia resistir á su ruego.

Hubiera dado la mitad de su vida porque ella hubiera aceptado su amistad y su afecto; pero un afecto de hermano, un afecto sin sombra de mal; y sin embargo no podia negarse á satisfacer su deseo, no podia resistir á su súplica.

—¿Me ofrecéis no volver, es verdad? preguntó ella con voz suplicante.

—¡Os lo ofrezco! respondió Valerio tristemente.

—¡Gracias! gracias! murmuró Teotisbe con efusion, ahora...

—Decid.

—Quisiera pedir os un nuevo favor.

—¿Cuál?

—Nuestra conferencia ha sido demasiado larga: pronto va á amanecer.

El jóven dirigió la vista al oriente, se le habian hecho las horas tan fugaces que dudaba de la venida del día.

—Separémonos ya.

—¡Tan pronto!

—Separémonos: en cambio os aseguro que todos los días rogaré al Eterno por vos, y de este modo tal vez volvamos á hallarnos en el cielo.

La Virgen de las ruinas se levantó, é indicó á Valerio con un ademán que se disponia á partir.

Él la imitó.

—¿No podré hacer nada por vos? preguntó, intentando de este modo alargar aquella entrevista.

—¡Oh! no.

—Algunos objetos, algunas cosas indispensables...?

—No las necesito, el descanso y los goces están en el cielo.

—Adios, Teotisbe, no me olvideis en vuestras plegarias.

—¡Hasta el cielo! dijo ella levantando la mano y señalando solemnemente la bóveda azulada.

—¡Quién sabe! murmuró él viéndola partir, pensativo.

La solitaria se alejó lentamente.

Las postreras ondulaciones de su falda se perdieron en la distancia, al mismo tiempo que la primera luz de día empezaba á despuntar.

Mucho tiempo pasó Valerio con los ojos fijos en el lado por donde habia desaparecido Teotisbe, sin poder darse cuenta de lo que sentia y de lo que pasaba en su alma.

Al cabo volvió en sí, y pensó en dejar aquellos sitios. Al dar el primer paso para efectuarlo, su pié dobló algunas verdes hojas que se alzaban entre la yerba, y un perfume penetrante y suave le acarició dulcemente entre las alas de la brisa.

Paróse un instante y vió á sus plantas una tímida violeta en cuyo cáliz brillaba una gota de rocío.

—Pobre flor, murmuró inclinándose para tomarla, vives escondida y tu aroma te ha descubierto. ¡Tambien el perfume de la virtud de una mujer ha revelado su presencia! tú eres su imágen, ven pues y te guardaré en memoria suya, tú me servirás de recuerdo, y tal vez algun día vuelva á traerte á este lugar de donde ahora te arrebató.

Pasaron algunos meses: Valerio volvió á su género de vida habitual, pero aunque en la apariencia era el mismo, era muy distinto en el fondo.

La ideas que Teotisbe habia hecho despertar en su alma empezaban á producir un cambio radical y á germinar en el fondo de su pecho, del mismo modo que una semilla preciosa arrojada en una tierra fecunda, produce á los pocos días hermosas ramas y purpurinas flores.

Sin embargo, si el pensamiento del bien empezaba á cobrar imperio y dominio en él, el mundo con sus placeres, la sociedad con sus alegrías le retenian aun con sus blandos lazos de seda.

Mas en medio de las fiestas, de las reuniones que todavía no habia podido abandonar, la imágen pura y hermosa de la Virgen solitaria venia á mezclarse como una blanca sombra impalpable y celestial.

Sus palabras, su acento, la pureza de su alma y la tranquila paz de su conciencia eran para él otros tantos recuerdos, que traían á su mente una lejana y bendita esperanza.

Tal vez se hubiera pasado mucho tiempo sin resolverse á efectuar una completa trasformacion si una circunstancia imprevista y providencial no hubiera venido á decidir su porvenir.

Una noche, y al tiempo de volver á su casa á hora ya muy avanzada, oyó en la oscuridad ruido de espadas, y la voz de dos hombres que en medio de las tinieblas lanzaban imprecaciones y gritos mal contenidos.

Entonces se detuvo un momento: jamás habia conocido el miedo, pero la prudencia le aconsejaba no continuar.

—Al fin tu vida es mia, exclamó con furor uno de los contendientes, al fin...

Su palabra quedó cortada por un ¡ay! doliente y penetrante que hizo estremecer á Valerio: pues la voz que acababa de lanzarle sonó en su corazón, reconociendo en ella la de uno de sus mas queridos amigos.

—¡Justiniano! murmuró con angustia: ¿será él?

Y sin pensar lo que hacia corrió presuroso hácia el sitio donde habia sonado la querrela.

El ruido habia cesado enteramente, y entre el opaco silencio de la noche solo se percibian las pisadas de un hombre que huía, y el débil quejido de otro que sin duda luchaba con las posturas congojas de la muerte.

—¡Justiniano! gritó otra vez Valerio creyendo comprender la verdad. ¡Justiniano!

—¡Socorro! fué la respuesta sola que pudo darle una voz ahogada y débil. ¡Socorro!

Guiado por ella, el jóven dió algunos pasos mas, y tropezó primero con un acero roto, despues con un bulto que se agitaba en medio de la tierra.

—Qué es esto? dónde estas? responde: eres tú? preguntó con afan inclinándose y procurando reconocer al caido.

Pero antes de poder obtener respuesta alguna retrocedió espantado, pues al apoyar su mano en el suelo la sintió humedecida en un líquido caliente que le hizo estremecer.

—Sangre! balbuceó aterrado, sin poder distinguir aun los objetos que le rodeaban.

—Valerio! murmuró casi imperceptiblemente una voz insegura y apagada, tú...

—Sí, si, yo soy. ¿Pero qué tienes? ¿quién ha podido herirte?

—Me muero... aquí... en el corazón...

—Esto es horrible: y sin que nadie venga; sin que nadie acuda á prestar socorro.

—Es tarde... y sin embargo...

Valerio se levantó, sin duda queria buscar auxilio.

—No me abandones, murmuró el herido con afan.

—No: pero es imposible que te deje así.

La casualidad vino en ayuda de los jóvenes, pues al extremo de la calle se distinguieron algunas luces, y se vieron aparecer algunas gentes atraídas sin duda por los ayes de Justiniano.

—Amigo mio, no te separes de mí, exclamó el herido muy quedo, tengo que pedirte una gracia.

—Dí.

—Yo he vivido sin recordar que hay un Dios. ahora me pesa... ahora.

—Oh!

—Hace muchos años... pensaba... consagrar-me á Él... pero lo he dejado... y la muerte me lo impide.

—Dios mio!

—Fundar con mis bienes una capilla á la Virgen María... reedificar las ruinas en expiacion...

—Qué dices?

—Las ruinas que visitamos juntos... allí.

El jóven no pudo continuar, pues los que llegaron detuvieron la palabra en sus labios, y además porque la fatiga se lo impedia.

Valerio no podia darse cuenta de las palabras de su amigo.

Por qué nombraba las ruinas donde vivia Teotibe? porqué las recordada en un momento tan supremo? cuál era el motivo porque queria dedicar á restaurarlas con sus bienes? era un recuerdo de cariño, era la expiacion de una falta la que le impulsaba á ello?

Difícil era averiguarlo y mucho mas en el estado en que se hallaba Justiniano, moribundo y cercado de una multitud de personas y agentes de justicia que le dirigian mil preguntas á las cuales él apenas podia responder.

Sin embargo de esto, hizo el herido un esfuerzo supremo, y declaró que Valerio era su amigo, y que lejos de ser el que le privaba de la vida, habia llegado á tiempo de prestarle los primeros socorros.

En cuanto al nombre de su asesino negóse resueltamente á descubrirlo, respondiendo á los que le apremiaban para ello:

—No busqueis en esto la mano del hombre: mi muerte viene de la mano de Dios.

Con mil cuidados, con mil precauciones llevaronle á su morada, donde recibió los auxilios y los consuelos que reclama todo aquel que está próximo á morir.

Valerio no se separó de él ni un momento, y

cumplió fielmente á su lado los cariñosos deberes de la amistad.

En uno de los momentos en que se hallaban solos y en que el moribundo parecia mas tranquilo, dirigió á su amigo una mirada, empañada ya con las sombras de la muerte, y murmuró con débil voz:

—No olvides mi ruego, no olvides mi encargo postrero.

—Te juro cumplirlo: mas ¿qué motiva tal resolución?

—Es un secreto que morirá conmigo, es el peso mayor que agobia mi conciencia, al llegar á las puertas de la eternidad.

—Espíciate, en nombre de Dios te lo ruego.

—He sido muy culpable, acaso con mi conducta habré ocasionado la muerte....

—Qué dices?

—En aquellas ruinas existia una mujer.

—Lo sé, lo sé, Teotisbe!

—Yo lo adiviné aquella noche.... y desde entonces....

—Dí!

—Seguí yendo, seguí yendo.... hasta que....

El moribundo no podia hablar; aquel recuerdo le agitaba, y la agitacion le producía la muerte.

—Habla! habla! por el cielo te lo ruego.

—Un tósigo.... un narcótico.... yo....

La razon de Justiniano empezaba á extrañarse:

Valerio hubiera dado la mitad de su vida por alargar una hora mas la de aquel hombre que moria.

—Una palabra, una palabra mas; repetia con ansiedad, aproximando su oido al rostro de Justiniano: ese narcótico?....

—Ha sido la causa de mi muerte....

—Cómo!

—Óyeme. Yo lo compré á un mercader judío hace tres dias, era muy activo.... bastaba con que tocase á los labios para.... yo queria sacarla de allí.... cuando estuviera dormida.... pero no puedo volver y.... quizá muera ella tambien.

—Mas....?

—Yo queria que el judío viniese conmigo para traerla.... le busqué.... quise darle dinero para obligarlo...

—Sigue.

—Él vió lucir en mi bolsa algunas monedas de oro quiso robarme... salimos uno en pos de otro... y...

—Pero qué uso has hecho de ese brebaje, qué uso has hecho?

—No puedo... me muero...

—¡Ah!

—Ella me perdonará: ¡ella es una santa...!

Quise hacer un mal, y Dios me...

Los labios de Justiniano se cerraron; una violenta convulsion agitó su cuerpo y en uno de sus esfuerzos la herida se abrió de nuevo saliendo por ella entre un volcan de sangre la vida de aquel desgraciado jóven.

Su amigo quedó inmóvil y aterrado

Aquella muerte le espantaba: pero en medio de todo una idea dominante se agitaba en su cerebro; la de volver á ver á Teotisbe y saber la verdad de su misma boca.

El deber sin embargo le detuvo al lado de su amigo, y allí permaneció hasta que le dejó colocado en su fúnebre lecho eterno.

—Ahora, dijo cuando todo estuvo terminado, ahora corro á buscarla y ella me absolverá si no cumplo el juramento que la hice de no volver á las ruinas.

CAPÍTULO III.

Acababa de amanecer, y por una senda tortuosa y estrecha, obstruida a cada paso por multitud de plantas silvestres y por troncos caidos y hechos pedazos por la mano del tiempo, caminaba un hombre que, aunque envuelto cuidadosamente entre los pliegues de su capa, dejaba conocer que se hallaba en toda la fuerza de la juventud por su apuesto continente, y por su paso rápido y seguro.

De vez en cuando se paraba para tomar aliento, y prestaba atento oido al rumor que producía el viento meciendo las incultas flores, ó el eco de las olas del mar que se estrellaban en las lejanas rocas.

Al cabo, pareció que habia llegado al término de su marcha, pues al divisar las primeras piedras de unas antiguas ruinas, se detuvo y murmuró algunas palabras que solo él pudo entender.

Tal vez eran una plegaria, tal vez eran un saludo, pues con un movimiento lento y respetuoso se quitó su sombrero de anchas alas y dejó que las auras de la mañana jugueteasen con sus negros cabellos.

Aquel hombre, ya lo habrán conocido nuestros lectores, era Valerio.

(Concluirá.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo, números 24 y 25.